

LA VUELTA DEL COLONO A SU ALQUERIA.

Es la caída de la tarde: vuelven al establo los ganados, llega del campo el labrador con la yunta que arrastra su carreta. A su vista corren á su encuentro sus hijos y se levanta su joven muger: el abuelo, apoyado en el hombro del nieto, acelera el paso; hasta el perro ladra de alegría: el pintor acumula todas las dulces y apacibles imágenes del afecto doméstico mezclándolas á las de la abundancia y de la paz de los campos.

Reconócese en este cuadro una imitación de Greuze, ese

artista que ha pintado al pueblo de las aldeas, no tal como es, sino al menos tal como él lo ha soñado.

En todas las épocas el arte ha reproducido así, bajo una forma cualquiera, las aspiraciones campestres de los poetas: la égloga no tuvo otro origen: escrita con el pincel, la pluma, el buril ó el cincel, siempre ha representado una suposición, un deseo; jamás ha transmitido una imagen sincera.

Los aldeanos de Greuze son hermanos de los pastores de Gesner y de Florian, los pastores de Virgilio, de los de Teócrito. El idilio reproduce la ilusión óptica de una imaginación entusiasmada por la vida sencilla y fácil de los campos: es preciso leerlo como una novela, como un cuento, no como una historia.



Vuelta del colono á su alquería

¿Es esto decir que todo sea falso?

No por cierto, los sueños mismos del hombre son revelaciones de su naturaleza: descubren si no sus hábitos, sus instintos al menos. Cada uno de nosotros se pinta tan bien en sus proyectos como en sus acciones. Estas dependen en efecto de una porción de circunstancias exteriores: muchas veces dimanar de la voluntad ajena, tanto como de la nuestra propia, mientras que el proyecto es la independiente expresión de nuestras inclinaciones. Se proyecta y piensa como uno quiere, se obra como se puede.

SEGUNDA SERIE.—1858.

Hay pues en estas imágenes de una vida agreste, idealmente feliz, la traducción real é interesante de uno de nuestros gustos naturales. Si las imágenes de la familia y del trabajo recompensadas por un agradable bienestar ahogan á nuestra fantasía, si nos complace rodearlos de esos imaginarios encantos, es porque en el fondo de nosotros mismos conocemos el valor de estos tesoros.

Bajo este punto de vista puede decirse que la mentira en los poetas es una verdadera expresión de las inclinaciones de la humanidad.

AÑO XVI 24.

Así pues, cuanto mas contraria la realidad estas inclinaciones, mas buscan su satisfaccion en los sueños de la imaginacion. Se ha notado muchas veces que las grandes conmociones y agitaciones políticas conducian el arte á las composiciones dulces y campestres. Virgilio escribía sus bucólicas en los campos devastados por la guerra civil, Greuze y sus imitadores pintaban sus escenas de aldeanos cuando tronaba la tempestad que debía arrebatár una sociedad con un trono; y en aquella misma época el autor de Estela y de la Galatea nos trasportaba en medio de sus encantadoras cabañas y sus sencillos pastores.

En lo mas fuerte y crudo de la tormenta revolucionaria el teatro francés no resonaba sino con largas odas y declamaciones campestres.

No ve en estos contrastes el que reflexiona poco sino una extravagancia del entendimiento humano, empero el que mira las cosas de mas cerca encuentra una preciosa revelacion. Es la prueba de que los hechos no absorben al hombre y de que éste no puede despojarse de sus naturales tendencias.

En vano le arrastra el movimiento de la vida: algo de independiente le queda de la accion diaria: lo que no puede hacer lo sueña, lo imagina, lo piensa, lo proyecta, y el arte traduce en una creacion ideal todo lo que el alma del artista no ha podido constituir en un hecho ó encontrar en la realidad.

ALEJANDRO GONZALEZ.

PUI DE DOME.—Montaña de Auvernia, que ha dado nombre á uno de los departamentos de la Francia. Es notable por la forma de su cumbre, que tiene cerca de cuatro mil quinientos pies, dominando otras sesenta montañas. El Pui de Dome es célebre en los anales de la física á causa de las esperiencias que hizo en ella Pascal para comprobar la pesadez del aire. Tomó un tubo de cristal cerrado por un lado y lleno de mercurio, y le colocó en una cubeta llena del mismo metal: se notó al pie de la montaña la elevacion del mercurio, y habiendo sido llevado el aparato á la cumbre, se observó que el mercurio habia bajado una cantidad notable, lo que prueba que cuanto mas se eleva la atmósfera menos peso tiene la columna de aire.

FATALIDADES DE ADRIANO BRONWER.

El hombre se forma por los ejemplos, recibiendo las impresiones que le dan; niño, todo es para él un espejo.

CORAS.

I.—BRONWER Y SU PADRE.

En una triste casa de Andenarde, en el primer cuarto del siglo XVII, jamás se entraba sin ver inclinado con aplicacion ante un pequeño bastidor, un niño de débil aspecto que pintaba en pedazos de tela del grandor de un plato, pájaros ó flores, ó graciosos caprichos. Antes se limitaba á

diseñar estos objetos sobre cañamazo, y su madre los bordaba en lana, variando á su gusto los colores. Hacia poco habia ensayado pintarlos, y lo hacia con tanto talento, que se preferia su trabajo al de su madre.

Esta industria tenia un empleo; la madre hacia gorras de muger, y los dibujos, bordados primero y pintados en seguida, componían el fondo. Todas las jóvenes doncellas, todas las mugeres de Andenarde y de las cercanías, buscaban estos encantadores adornos, que nuestros pintores de historia no piensan en reproducir entre los objetos de aquella época. Era en 1619. Se ha perdido aquella graciosa moda; hace ya largo tiempo que las mugeres en sus adornos de cabeza se han contentado con unir á la simple muselina ó al rico encage las flores artificiales y las cintas. Quedan, sin embargo, entre ciertas familias de los Países Bajos algunas huellas de los fondos de gorras coloreados ó pintados; se compone de una redcilla de perlas de cristal de matices variados. Pero estos lindos adornos se han dejado para los niños de corta edad.

El débil artista de que acabamos de hablar era un hijo de Andenarde. Su padre dibujaba adornos y arabescos para las tapicerías que se fabricaban entonces en aquella ciudad. Su madre, como hemos dicho, hacia gorras, y su comercio de todos los dias sostenia la casa, porque el marido jamás dejó de llevar á la taberna todo lo que por su parte ganaba. Era para el niño un pernicioso ejemplo.

No tenia una garantía contra él en los consejos y cariños de su madre. Cruel, insensible, no viendo mas que el trabajo, no dejaba conocer al niño ninguno de esos placeres que hacen la juventud tan digna de envidia. Era una de esas mugeres, felizmente raras, que no conceden mas afecto que el que tienen, y tienen muy poco, que castigan siempre y no recompensan jamás. Acaso debemos atribuir á este carácter inhumano el desvío de su marido, como se podrá echarle en cara un poco mas tarde los desórdenes de su hijo.

Todas las noches, el pequeño Adriano Bronwer (era el nombre de este niño), se acostaba abrumado de tristeza y cansancio. Y sin embargo, sentia en su corazon, al mismo tiempo que el gusto á las artes, un anhelo de dicha, un deseo inmenso de algunos inocentes placeres; hubiera querido brincar al sol, mecérse en las flexibles ramas, correr tras las mariposas y las flores, loquear en el caliente polvo, bañarse en las límpidas aguas y rodar por las praderas. Pero aun el domingo no era para él un dia de fiesta. Despues de los divinos oficios, único momento que le proporcionaba un poco de tranquilidad, le detenía su madre junto á ella, para escuchar graves amonestaciones superiores á su razon, no concediéndole de una religion consoladora mas que los rigores. El único recreo que tenia el pobre niño, era un deplorable recreo, lo debía á su padre, que le llevaba algunas veces á la taberna, dándole así á la vez con los principios de dibujo, la costumbre de contemplar en frente la embriaguez.

Así confesó despues que habia sacado de sus primeras impresiones esta conclusion desgraciada; que una muger es severa y regañona, que una casa es triste, y que la felicidad de un hombre es ahogar su razon...

En estas circunstancias, un dia de estío que el padre estaba en la taberna y la madre á casa de sus parroquianos, el pequeño Adriano Bronwer, solo, sentado á la puerta de

la casa, pintaba atentamente un pájaro de colores vivos, cuando un extranjero con aspecto de hombre de bien se paró delante de él.

—¿Sois pintor, mi joven amigo? dijo examinando el trabajo de Adriano.

—¡Pintor! ¡oh! no señor, respondió el niño sorprendido.

—He ahí, sin embargo, una cosa hecha con delicadeza, y pintada con sentimiento. ¿Quién os ha dado lecciones, hijo mío?

—Nadie, señor, excepto mi padre, que me ha enseñado á tomar el lápiz; pero aun él no pinta.

—Y decidme, replicó el extranjero, ¿querrias ser pintor?

Los ojos de Adriano se inflamaron al oír esto; su corazón latió mas velozmente.

—¡Si querria! dijo con voz conmovida. Pero no, soy demasiado pobre para aprender tan elevado arte.

El desconocido contempló de nuevo el boceto que tenia á su vista, y pareció enteramente seducido con ella.

—¡Pues bien! hijo mío, dijo con una voz cariñosa, basta con que os agrade venir conmigo. Se me juzga como el primer pintor de Harlem. Estareis en compañía de mis discípulos; habitareis una ciudad alegre y magnífica; os tendré bien alimentado y vestido; os trataré como hijo mío.

—¡Oh! partamos, partamos al momento, señor, respondió precipitadamente el joven artista, al que cada palabra del desconocido habia inflamado el corazón.

Se habia levantado súbitamente. La felicidad de verse libre de un trabajo incesante, la alegría de correr el mundo, de ver y oír, de agitarse á los rayos del sol, de caminar en un carruaje, bogar en una barca; la esperanza de llegar á ser pintor, de estudiar en un despacho, de tener jóvenes camaradas, todas esas sensaciones que reemplazaban tumultuosamente la fatiga habitual de su ser, le agitaban y le tenían fuera de sí. Educado casi nada cristianamente para conocer sus primeros deberes, ignoraba que un lazo sagrado une un hijo á su familia; no veía en la proposición que se le habia hecho mas que una manumisión.

—Partamos, repitió, antes que mi madre vuelva; me detendría.

El extranjero á quien, el niño queria seguir, era Francisco Hals, célebre pintor, en efecto, nacido en Malinas, patria de tantos artistas. Establecido hacia mucho tiempo en Harlem, se le contaba en el corto número de pintores ilustres de su época. Necesario era que al primer golpe de vista observase en Adriano Bronwer disposiciones de aquel pensaba sacar un buen partido, para esponderse de aquel modo al rapto de un niño. Le llevó á su posada, hizo apresuradamente su cuenta, tomó sus llos, y partió con su conquista, prometiéndole una buena cena en la primera parada.

Al volver la cabeza, despues de haber pasado la puerta de Andenarde, fué cuando el niño conoció que era malo abandonar á su padre y á su madre, y lloró. ¿Era un remordimiento? Habia recibido de su madre tan pocas señales de ternura, que las afectuosas fibras de su corazón no habian podido dilatarse; al instante se hizo la reflexion de que volveria hecho pintor y rico, y que su padre y su madre le perdonarian. Ademas no sabia qué estorsion pudiera causar la ausencia á su madre; jamás le habia dicho lo que producía su trabajo, y jamás le habia dado la menor moneda de plata; cenó con grande apetito, y se durmió mecido por sueños que jamás habia tenido.

II.—BRONWER Y SU MAESTRO.

Todo estasiaba al joven artista en el camino; los largos pasajes, las lagunas le encantaban: la Holanda, tan risueña en esto, le llenaba de placer; la ciudad de Harlem, tan brillante y fresca en esa estacion, le pareció un paraíso, sobre todo cuando le aseguraron que su familia no podia reclamarle allí. Ni la calle pequeña y tortuosa donde vivia Hals, ni la modesta apariencia de su casa, ni la fisonomía desagradable de su muger, nada le desencantó. Aquella muger tenia preparada la cena; el niño de Andenarde se vió á la mesa con dos discípulos, Dirk Vandelem y Adriano Van Ostade; se encontró feliz.

Al día siguiente, cuando dibujando pájaros y flores de mostró lo que sabia, sus camaradas le predijeron que llegaria lejos, y desde aquel primer día comenzó á iniciarle Hals en esos conocimientos especiales del arte de la pintura que no se adivinan.

Al cabo de seis meses, hacia el precoz artista pequeños cuadros, los cuales desaparecian á medida que eran concluidos, porque los vendia su maestro. Pasó largo tiempo sin observar el lado malo de su nueva posición; educado con dureza, le eran las privaciones menos sensibles que á cualquier otro. Pero como aquí abajo siempre se desea mejorar, acabó por conocer que no estaba demasiado bien; y las quejas de sus compañeros de estudio le abrieron los ojos. Hals era interesado, y su muger profundamente avara, no encontraba la felicidad sino en el oro que reunia. Bronwer estaba, pues, mal alimentado, mal vestido y acostado en un pobre jergon. Ostade y Vandelen, menos desgraciados, recibían algunos socorros de sus padres, mas él apenas se atrevia á pensar en los suyos.

En cuanto apareció descontento de su miseria, se le vigiló mas atentamente, le dejaron salir menos. Jamás se tiene confianza en un culpable.

—Ha dejado con facilidad á su madre, decia la muger de Hals; nadie nos asegura que no piense tambien en dejarnos.

Al lado de la avaricia sordida de esta casa, Hals, que era el jefe de ella, tenia otro aspecto cuyo espectáculo parecia no poder evitar el pobre Adriano. Hals se embriagaba. Pasaba la mayor parte de su tiempo en la taberna, y estaba en ella tan asíduo, que fué preciso sacarle de allí medio ébrio, cuando Van-Dyck, pasando por Harlem, quiso tener su retrato pintado por él. Era, no obstante, un hábil pintor Francisco Hals, y dotado de disposiciones que le hubiesen conducido á grandes resultados, sin su innoble inclinación. Se apoderaba maravillosamente de la semejanza, pintaba con celeridad, y gozaba de una gran fama, sobre todo para los retratos. Era muy inteligente en las circunstancias que acabamos de citar. Luego que Van-Dyck se hizo pintar sin darse á conocer, cogió los pinceles de manos de Hals, diciendo:

—Quiero hacer á mi vez vuestra cabeza.

Apenas la hubo bosquejado, cuando Francisco Hals exclamó:

—Vos sois Van-Dyck.

A pesar de esto el pintor de Harlem no salió de una media oscuridad, y su nombre no se encuentra en la mayor parte de las biografías. Consistió en que lleno de bajas

inclinaciones, jamás se elevó realmente; y desde que se cultivan las artes no ha habido un artista manchado por la embriaguez y la crápula que llegue á adquirir un nombre que tenga alguna consistencia.

Volvamos á Bronwer. En la ausencia de Hals hacia su muger trabajar á los discípulos, quienes todas las tardes iban á buscar á su maestro y le traían á su habitación. Era esta una distracción de que Bronwer se vió privado desde que se desconfió de él; y como una tarde, á pesar de la prohibición, intentase salir con sus compañeros, el ama de la casa le encerró en un desvan y no le dejó ya bajar. Tenía catorce años. Su carcelera le llevó al día siguiente por la mañana lienzo, pinceles y colores; le designó su tarea, y era necesario que estuviese hecha para darle de comer. Disminuyó las ya modestas raciones de su comida, porque decía que no haciendo ejercicio en su desvan, debía comer un poco menos por su salud. El niño se acordó con pesar entonces del yugo de su madre.

Era el otoño. No viéndole sus camaradas desde hacia algunos días, creyeron que se había escapado. Pero una mañana oyeron su voz, y levantando los ojos en el patio le vieron junto á la ventana de un desvan, enteramente ocupado en pintar para ganar su desayuno. Componía ligeras escenas de taberna, y tenía la costumbre, que conservó siempre cuando trabajaba, de hablar sin cesar á sus personajes, de apostrofarlos ó hacerlos disputar entre sí, como si se hallase inspirado por sus diálogos.

Sorprendidos de este descubrimiento, Ostade y Vandelen fueron al día siguiente por la mañana, mientras el ama de la casa estaba en el mercado y el amo dormía todavía, á hablar al prisionero.

A través de las tablas mal unidas de su prisión, vieron con pena que tenía frío, que tenía hambre, y que estaba vestido de harapos.

—Deberías escaparte, le dijo Van Ostade; con tu habilidad, que ni aun sospechas, en todas partes encontrarás medio de vivir.

—¿Lo creéis? respondió Bronwer, que todavía no había salido de su sencillez.

—Ciertamente: el maestro vende muy bien tus cuadros.

—Entonces acaso yo también podría venderlos bien. Pero estoy encerrado.

—Nosotros te ayudaremos á romper la cerradura.

—Pero si no tengo un cuarto; me moriré de hambre en cuanto me vea en la calle.

—Escucha, dijo entonces Vandelem, si quieres hacerme á escondidas los doce meses del año y los cinco sentidos, te los pagaré á dos reales cada uno, y te proporcionaré el papel. Tengo proporción de acomodar esos dibujitos en casa de un librero.

—Los haré, dijo apresuradamente el prisionero; pero nada digas.

—¡Chist!... dijo Van Ostade. El ruido de la puerta exterior acababa de interrumpir la conversación. Los dos amigos se apresuraron á bajar al estudio.

Ocho días después estaban hechos los diez y siete dibujos sin que Hals y su muger hubiesen sabido nada. Con la corta suma que le dieron en pago, se creyó rico Adriano Bronwer. Su desvan y su camastro le parecieron, pues, insoportables. Al día siguiente por la mañana, abrió la

puerta de su prisión ayudado por sus amigos, y salió á la calle.

Fué para él una felicidad encontrarse libre, pero esa felicidad iba mezclada de cierta turbación y temor. Queriendo emprender un gran viage, comenzó por reunir provisiones; y dueño de elegir aquellas que mas le agradasen, compró una enorme cantidad de alajú. Se regaló con él sin economía; luego entró en una iglesia para descansar y sin duda para dar gracias á Dios por su libertad. Hubiera debido partir al instante; pero resolvió esperar allí algunas horas, no atreviéndose á salir por temor de que le buscasen en la ciudad. Desgraciadamente para él, la única persona que acaso le conocía en Harlem y que era un amigo de Hals, entró entonces en aquella misma iglesia y descubriendo al pobre fugitivo le preguntó que hacía allí. El pobre artista se vió obligado á referir sus penas.

—Yo me encargo de arreglar todo eso, amiguito, dijo el harlemnes; yo hablaré de modo que en adelante se os tratará mejor. Pero no debeis dejar tan pronto al maestro Hals que hará de vos un buen pintor. Por otra parte, tan harapos como os veo, se os detendría con los mendigos vagamundos, lo cual sería mucho peor.

Bronwer se dejó llevar con el corazón un poco oprimido, ya por no saber si debía resistir, ya demasiado tímido para atreverse á hacerlo.

El amigo de Hals, al volverle su discípulo le echó en cara su avaricia y su dureza. La muger del pintor, que había ya hecho la cuenta de lo que perdía con la fuga del joven artista, sufrió las reprensiones bajando la cabeza. Queriendo atraer al niño por otro camino, fingió enternecerse y prometió tratar en adelante al pobre discípulo como á hijo suyo. Lo que sobre todo escitó esta manifestación de ternura, fué que los dos compañeros de Bronwer, para terminar las investigaciones que se hacían sobre el modo como se había procurado los medios de regalarse con alajú y llenarse de él los bolsillos, declararon que ellos mismos le habían dado el dinero que había favorecido su evasión, y que se la facilitarían otra vez, sino era igual á ellos en todo.

Así que ya no se le hizo acostarse mas en el desvan, trabajó en el estudio, que estaba templado por una buena chimenea; se le alimentó algo mejor. Con un viejo vestido del pintor, le hicieron un traje regular. Se le permitió como antes ir en compañía de los otros condiscípulos á buscar á Hals á la taberna.

Necesario es referir la jugarreta que los discípulos hicieron una noche al pintor.

Cuando se encontraba en ese estado próximo á la embriaguez que tantos encantos tenía para él, se hacía tierno y sensible, obsequiaba á sus discípulos y los llamaba sus hijos. Cuando entraba en ese estado se acostaba en una cama antigua colgada, colocada en el piso bajo; sus discípulos le ayudaban á desnudarse, y en seguida se retiraban con la linterna porque no se les daba otra luz. Pero todas las noches oían á Francisco Hals al echar la cabeza en la almohada, decir una corta oración que siempre terminaba con estas palabras: Dios mío, llevadme al cielo lo mas pronto posible.

La habitación de la antigua cama estaba debajo del estudio. Habiendo horadado el techó los tres revoltosos, habían pasado cuerdas y preparado una especie de mecanismo por medio del que una noche que el anciano pintor se quedó

solo en su habitacion y hacia en voz alta su oracion, elevóse su cama suavemente y empezó á subir; por mas aturrida que estuviese su cabeza, sintió este movimiento, se asustó, y se puso á gritar: No tan pronto, Dios mio; no tan pronto. Entonces la cama volvió á bajar. Todo quedó en calma. Añádese que Francisco Hals no dijo jamás una palabra de esta aventura; por consecuencia nunca buscó su explicacion, pero desde entonces suprimió el acostumbrado final de sus oraciones.

Adriano Bronwer pasó en casa de este maestro un nuevo plazo de diez y ocho meses, soportando mejor su destino y no sospechando todavía lo que valia. No obstante, se desarrollaron sus ideas. Sus obras desaparecian tan pronto, que conoció eran buscadas, y algunas palabras que oyó le hicieron comprender que se vendian bien. Una hermosa mañana de primavera, se escapó de nuevo, abandonó rápidamente á Harlem, y se fué derecho á Amsterdam.

Pero todavía llevaba, mas fuertemente arraigada que en su primera fuga, esas ideas de que las mugeres eran avaras é intratables, y que la felicidad de los hombres estaba en la taberna. No es de extrañar: Van Ostade, cuya alma se pretende era mas elevada, debió tambien á su educacion esa afición á la taberna que resalta en la mayor parte de sus cuadros.

III.—BRONWER Y SU HUESPED.

He aquí terminado el aprendizaje; he aquí pues este joven lanzado en el mundo. Pero sus primeras impresiones mataron su porvenir. Desde sus mas tiernos años habia visto los seres mas dignos de respeto, su padre y su madre, entregados completamente á la embriaguez. Parecíale pues este vicio el privilegio mas grande de los hombres; y no podia mirar un trabajo sino como un modo de procurarse especialmente con que beber.

Así que al llegar á Amsterdam lo primero que hizo fué entrar en una taberna. Estaba sin dinero. Bebiendo pensaba en el medio de comer; y pensando diseñaba sobre la mesa una grotesca figura que estaba delante de él.

Era la del mismo tabernero, alegre compadre, el cual tenia un hijo que aprendia tambien la pintura; por cuya razon se jactaba de amar las artes.

—Sois pintor, dijo á Bronwer mirando su boceto que no era muy lisonjero. Y como tenia un carácter desprendido: Vais á comer con nosotros, añadió.

—Pero, respondió Bronwer, aun suponiendo que tuviese una bolsa, os diré que está vacía.

—No importa, teneis talento. Os daré lienzo y colores, hareis á vuestro gusto un cuadro que se venderá al instante. Los aficionados no faltan.

Esto era una felicidad. El joven comió alegremente; y como su huésped tenia tambien las inclinaciones que hacian á Francisco Hals sensible, señaló su llegada á Amsterdam permaneciendo en la mesa hasta media noche.

Al día siguiente por la mañana se vió instalado en una habitacion que le dió el tabernero, y se puso á pintar. Despues de algunos dias de trabajo, terminó su cuadro; con la recomendacion de su huésped, le llevó á un aficionado quien le ofreció por él cien florines. Tanto se sorprendió de la enormidad de aquella suma, que le parecia una fortuna, como de saber que su nombre y su estilo eran ya conoci-

dos. Volvióse lleno de alegría á la taberna: concibiendo apenas que tuviese en su poder un tesoro de cien florines, los esparcia sobre su cama para poder decir que se habia tendido sobre plata, se revolcó como un loco en sus florines, luego se puso á disfrutarlos y gastó todo en diez dias.

Su huésped que luchaba con respecto á él entre la aprobacion y la censura, le hizo observar que habia devorado su corta suma con toda presteza:

—Me he apresurado á desembarazarme de ella, dijo Bronwer, á fin de estar mas pronto libre.....

Esta fué en adelante su regla para trabajar en la taberna, haciéndolo con mas ardor cuando ya no tenia nada en su bolsa.

La memoria de Adriano Bronwer ha sido muy mal tratada por la crítica. Se ha dicho á propósito de sus orgías que fué un hombre de vida mala y desarreglada. Sin embargo se sabe que trabajó, que procuró ardientemente instruirse, que aprendió el español y el francés; que estudió su arte y dió buenos consejos á sus amigos. Se lee en las biografías que fiel siempre á su costumbre de conversar con los personajes que representaba en sus cuadros, los dirigia la palabra en español, en francés ó en flamenco, segun el pais cuyo trage les daba.

Era á la vez original y generoso. Desde que se reconoció capaz de ganar dinero quiso traerse con él á su padre y á su madre. Pero supo con dolor que los habia perdido.

En prueba de su originalidad, citaremos solamente aquí que cuando no se le daba por el cuadro que habia concluido el precio que fijaba, le arrojaba al fuego y le volvía á comenzar con mas cuidado.

Su carácter ligero y su aislamiento fueron causa de que hiciese algunas locuras. Hé aquí una, que no es ciertamente de un imbécil, que los recopiladores de sentencias han atribuido á Piron, rejuveneciéndola en su siglo, y que ponía en accion largo tiempo antes de Sedaine, la moral de la *Epistola á mi vestido*.

Bronwer tenia en poco la elegancia del trage; iba siempre bastante mal vestido, como un hombre que se acordaba de su desnudez de Harlem. Un día que uno de sus amigos iba á casarse, observando que no le invitaba á la boda, sospechó el motivo secreto de su exclusion, se mandó hacer un magnífico trage de terciopelo, y fué á visitar á su amigo, quien viéndole tan presentable se apresuró á convidarle al festin. Bronwer volvió allí; luego, en medio de la comida, cogiendo un plato lleno de salsa le vertió solemnemente sobre su vestido de gala, con gran admiracion de la reunion.

—¿Qué haceis? le gritó el novio.

—Obsequio al trage á quien habeis invitado, respondió Bronwer.

Otro día se le hizo ver que no entraria en el teatro de Amsterdam (donde se daba una funcion de gala), sin ir vestido con algun lujo: cogió una tela y pintó al temple flores encantadoras del gusto indiano en ella, haciéndose una capa que excitó la admiracion general. Cuando vió en un entreacto que era el objeto de todas las miradas, y que todas las damas se inquietaban por saber donde podrian adquirir tejidos de aquella especie, cogió una esponja mojada y borró la pintura:

—Y ahora que no es ya mas que una tela sin adorno, dijo, ¿encontrais, pues, que valgo menos?..

Después de haber ilustrado su mansión en Amsterdam con buenos cuadros y picantes travesuras, sea que se cansase de estar allí, ó que hubiese contraído deudas, sea impulsado por la afición á viajar, ó que hubiese atraído sobre sí algun disgusto, Adriano Bronwer marchó de repente para Flandes. Llegó á las puertas de Amberes en el momento en que habiendo despertado en los Países Bajos algunos gérmenes de división la muerte de la infanta Isabel, el stathouder Federico Enrique había puesto el pie en las provincias católicas, é intentaba arrebatarse de ellas algunos girones. El país estaba prevenido; así que al ver un hombre mal vestido, de mala fisonomía, indagando y observando, se le tomó por un espía, y á su entrada Adriano Bronwer en la ciudad donde pintaba entonces Rubens, fué conducido directamente á un calabozo de la ciudadela de Amberes.

Pero este calabozo recibía luz por una buena claraboya enrejada. Teniendo algo de dinero el joven pintor para tabaco y cerveza, no se encontró demasiado mal. Anunció que pintaba algo; el duque de Aremberg, prisionero al mismo tiempo que él en el fuerte, le procuró todo lo que necesitaba para hacer un cuadro, y bosquejó los soldados de la ciudadela ocupados en jugar en un cuerpo de guardia. El duque envió este animado diseño á Rubens. Al ver la fuerza y la armonía del color, la verdad de la espresion, y el valor de los toques, Rubens exclamó: ¡Bronwer solo ha podido hacer esta obra!

Ofreció por él seiscientos florines; pero el duque no quiso cederla á ningún precio.

El ilustre jefe de la escuela de Amberes corrió pues á la prision, se hizo cargo del pobre artista, le llevó consigo, le alojó en su palacio, le admitió en su mesa, y reformó dignamente su traje.

Pero en aquel bienestar de buen tono, Bronwer aunque agradecido, no estaba sin embargo, tan á su comodidad como con el huésped de Amsterdam.

IV.—BRONWER Y SU DISCIPULO.

Amberes poseía entonces un panadero que se llamaba José Craesveke. Había nacido en Bruselas en el año 1608, al mismo tiempo que Bronwer veía el día en Andenarde. Había recorrido el país en calidad de mozo de tahona, llevando una vida alegre, amando las diversiones y las tabernas; risueño y chancero, era poco arreglado en su conducta. Su carácter había agradado á una joven de Amberes que se citaba como una belleza; se había casado con ella y establecido como tahonero.

Sus hábitos tabernarios le fueron tanto mas gratos cuanto que fácilmente encontró en Amberes compañeros de su humor. En cuanto había hecho la masa, dejaba á su mujer el cuidado de lo demás y corría todo enharinado á reunirse con sus amigos, á quienes divertían sus agudezas.

Hizo en la taberna conocimiento con Adriano Bronwer. Este desertaba todas las noches de los salones de Rubens para ir fielmente á ahumarse con tabaco y llenarse de cerveza.

Bronwer y Craesveke habían nacido el uno para el otro; se unieron tan pronto con tan íntima amistad, que llegaron á ser inseparables. Así que Bronwer no tardó en abandonar bruscamente la casa de Rubens, á quien sin embargo, debía

tanto, para ir á alojarse en la del tahonero, el cual sabiendo que era goloso, le hacía con delicadeza excelentes panecillos.

Se conocía que el mozo de tahona era feliz poseyendo al artista. Así que despachaba aquel sus trabajos de por la mañana, Craesveke subía al estudio de su amigo y permanecía casi en éxtasis viéndole pintar hasta la caída de la tarde. Entonces salían juntos, pasaban la noche fumando y bebiendo con broma, y se volvían cuando ya no podían hacer otra cosa.

A fuerza de ver pintar, le ocurrió la idea al tahonero de que podría él también pintar. Un día que estaba detrás de la silla de Bronwer, ocupado hacia mucho tiempo en observarle, y siguiendo con la vista y la cabeza todos los movimientos de su mano:

—Me parece, dijo rompiendo el silencio, que yo tendría afición á tu arte.

Porque se tuteaban como buenos camaradas de orgías.

—Y bien, replicó el otro, ¿por qué no lo intentas?

Le puso en la mano un pincel, colocó sobre el caballete un nuevo lienzo, y le hizo sentar.

Craesveke ensayó; y obtuvo buen resultado, porque había observado largo tiempo á su maestro bosquejar y terminar sus cuadros; había concluido por comprender lo que veía; y además en su juventud debió de recibir algunas lecciones de dibujo. Al cabo de dos años acabó el famoso cuadro en que está representado él mismo haciendo el retrato de Adriano Bronwer. Esta obra notable está en París, en la galería del Louvre, así como los *jugadores de cartas* de Bronwer que atraen justamente la admiración de los inteligentes.

Craesveke vivió tres ó cuatro años con su amigo en una intimidad perfecta. Pero al fin los separó una disputa. Se cree que esta disension tuvo lugar á propósito de chanzas un poco graves, del género de las de Ulespiegle; chanzas que se permitía alguna vez Bronwer, y que aquella vez obligaron á los magistrados de Amberes á suplicarle saliera del país. Se alejó, llevando su juicio hecho sobre los hombres, á quienes juzgaba por su padre de Andenarde, de su maestro de Harlem, su huésped de Amsterdam, y su discípulo de Amberes: cuatro ébrios. Por lo que hace al otro sexo, la muger de su huésped y la de su discípulo, que eran buenas y bondadosas, le habían hecho juzgarle mejor.

Después de la partida de Bronwer, Craesveke dejó al instante su profesion de tahonero para entregarse exclusivamente á la pintura; fué á establecerse en Bruselas. Sus cuadros fueron buscados, y los vendía bien. Ordinariamente representaban escenas de taberna, disputas, el interior de las casas flamencas, pintado todo con una rara delicadeza, lleno de accion y de movimiento. Hizo tambien retratos estimados. Frecuentemente reprodujo el suyo, ya con un emplasto sobre un ojo y abriendo una boca espantosa, ya estudiando en su fisonomía el efecto de los gestos mas raros. Se aproximó á su maestro, á quien sin embargo no igualó. Aunque poco cuidadoso como él del porvenir, hubiera gastado su dinero tan fácilmente como lo ganaba á no haber sido por el orden admirable de su familia: así que José de Craesveke dejó al morir una fortuna regular á su muger y sus hijos.

Bronwer alejándose de Amberes, se dirigió hacia París, cuya ciudad quería ver. Llegó á ella en 1639. Era en la vejez de Luis XIII y de Richelieu. No gustó en ella ni su talento

ni su persona. Reducido á un extremo apuro, se volvió, no llevando otra cosa de su viage mas que el gérmen de una funesta enfermedad. Volvió á Amberes, donde su entrada debia ser menos feliz que la vez primera. Sabiendo que Craesveke no habitaba ya en aquella ciudad, y no atreviéndose á presentarse en la casa de Rubens, se fué á un hospital donde murió miserablemente á los treinta y dos años de edad, pobre artista que con conducta ó acaso con otra educacion, hubiese sobrepujado á Rembrandt.

¿Fué este un castigo por haber desertado de la casa de su madre? No nos atreveremos á decidir sobre esto.

Rubens, que ante los talentos de Bronwer oydaba sus escentricidades, y que se mostró siempre tan noble y tan grande, consiguió que el cuerpo del desgraciado artista enterrado como un apestado, se trasladase del cementerio público, y le dió una honrosa sepultura en la iglesia de carmelitas de Amberes.

EL CONDE DE FABRAQUER.

EL LOUVRE.—El mas hermoso palacio que los reyes antiguos y modernos han habitado. Fué comenzado en 1528; el canónigo Pedro Lescot dió los dibujos. Continuáronse las construcciones bajo los reinados de Enrique II y Enrique IV, adquiriendo el edificio en tiempo de Luis XIV todo el desarrollo que hoy se ve. Bajo su reinado se construyó la fachada que mira al lado de San German Auxerrois, que es la admiracion de todos los conocedores en arquitectura. El Louvre es el palacio mas grande que hay en el mundo. No habia podido concluirse enteramente, y formó una continuacion con el palacio de las Tullerías, hasta que Napoleon III ha verificado este prodigio del arte en este año pasado de 1857, inaugurando la conclusion del colosal proyecto. Asi, pues, entre el espacio que comprenden las Tullerías y el Louvre, podria edificarse una gran ciudad. París debe este embellecimiento y otros muchos al genio creador de Luis Napoleon.

LA MUERTE DEL DUQUE DE GUISA.

Despues de los estados generales, cuya convocacion fué una de las primeras escenas de la revolucion francesa de 1789, los mas famosos en los anales de la Francia son los estados generales celebrados en Blois á fines del siglo XV, en los que se verificó un hecho histórico de los mas raros, el asesinato político de un súbdito, preparado y ordenado por su rey.

En el año de 1588, Enrique de Lorena, tercer duque de Guisa, tan popular y tan conocido por el nombre del *Badafré*, era mas rey de Francia que el mismo Enrique III. Heredero de la influencia y de la ambicion de su padre, poderosamente secundado por su hermano el cardenal de Guisa, y maravillosamente servido por las circunstancias, el duque de Guisa se habia elevado desde el advenimiento de Enrique III en 1574 á un grado exorbitante de poder. Enrique III no podia esperar derribarlo á viva fuerza, y sin em-

bargo, le era preciso salir á toda costa de una situacion estrema en que su dignidad y su autoridad real se hallaban agonizando, porque Guisa, que hacia largo tiempo se aproximaba paso á paso al trono, habia saltado sobre sus escalones, y parecia no necesitar mas que atreverse para que se verificasen sus intentos. El duque de Guisa no se atrevió; perdió su fortuna por falta de resolucion en el momento mismo de la crisis final. Habia preparado con tiempo su usurpacion metódica y sistemáticamente; fué mas lejos de lo que queria, y le faltó corazon cuando se encontró que habia llegado al objeto mas pronto de lo que pensaba. De buena gana hubiera vuelto atrás, aunque habia dicho que *cuando se saca la espada contra el soberano es preciso arrojar la vaina*. Parecia muy dispuesto á envainarla; pero por lo mismo que todo dependia de su sola vacilacion, los peligros de Enrique III eran inminentes.

En el mes de mayo de 1588, el duque de Guisa entró en París, á pesar de la formal prohibicion del rey, y obligó al débil príncipe á escaparse furtivamente de su capital. Entonces fué Enrique quien dió reparaciones, sufriendo una pesada reconciliacion.

Aquella facilidad con que el rey ultrajado á la faz de la Europa concedia escelentes condiciones á su enemigo, aquella resignacion en soportar las mas crueles afrentas, hacen creer que ya tenia formado y resuelto en su pensamiento el proyecto de tomar todo el desquite de un solo golpe.

Habíase convenido entre el rey y el duque que se convocarian los estados generales en Blois el 16 de octubre, á fin de dar su alta sancion á las cláusulas estipuladas en el acta de reconciliacion.

Preparáronse los dos rivales para este solemne momento: tomó el duque sus medidas para que todos los diputados fueran de su devocion, y tambien para que á la primera señal todas las provincias del Oeste, llenas de tropas, se sublevaran á su favor.

Las operaciones del rey eran menos aparentes, empero muy significativas. Cambió sin hacer ruido su ministerio; llamó á realistas celosos á él, é hizo entrar en su casa hombres de cabeza y de puños, de ancha conciencia y probada fidelidad.

Así el duque, que se ocupaba de la política, no veia que debia ocuparse con mas atencion de la policia. Un asesinato era todo lo que contra él se podia intentar, todo lo que el estado de las cosas, las costumbres de la época, y el conocido carácter del rey le debian hacer temer. En efecto, el rey pensó en un asesinato, como el único medio que le quedaba que emplear contra el duque de Guisa.

Propuesto, discutido y votado este crimen en el consejo del rey, se entró á preparar los detalles de la ejecucion. Repartiéronse los papeles entre los agentes; eligiéronse los ejecutores, se señaló el momento y el sitio; en fin, se meditó, preparó y condujo aquella obra de sangre con una madurez, lentitud y refinamiento minucioso de precauciones que asusta.

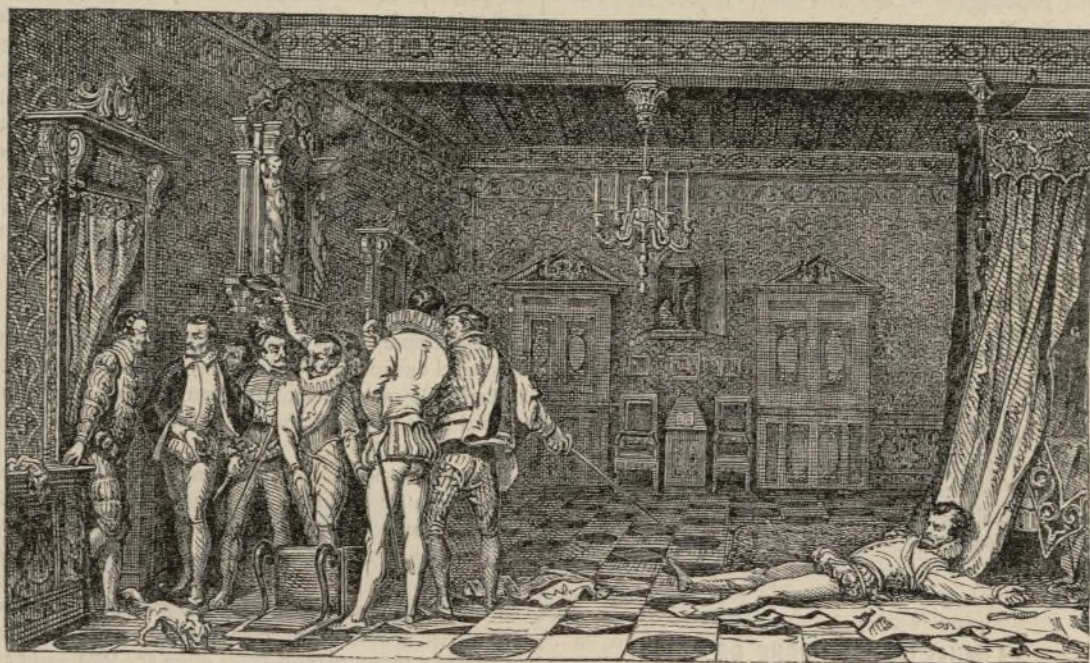
Los partidarios del duque de Guisa, estaban con mucha inquietud habiendo traspirado algo de las sordas maquinaciones del rey, y ademas el pensamiento de un asesinato se ocurria naturalmente á su imaginacion. Asi suplicaban á su jefe que tomase algunas medidas para su seguridad personal. Semejantes precauciones repugnaban al valor y al orgullo del de Guisa, que como César, despreciaba demasiada

á sus enemigos para temer de ellos cualquier cosa, recordando las favorables ocasiones que habian desperdiciado, y no creyendo que pudiesen aprovecharse de una. *No se atreverán*, repetía la misma víspera del día fatal, cuando numerosos avisos y repetidos indicios hubieran debido persuadirle de que por último iban á atreverse.

El 22 de diciembre, dos meses despues de la apertura de los estados, habiendo hecho invitar el rey al duque á que fuese á la mañana siguiente temprano al consejo, fué allá por mas que hicieron sus amigos por disuadirle de ello.

A su llegada la guardia del rey, mas numerosa que de costumbre, se apiñó al rededor de él como para hacerle los honores, y logró separarle de su escolta. Desde que entró en la sala del consejo, acompañado solo de algunos de sus oficiales, se cerraron las puertas, y quedó toda comunicacion interrumpida con lo interior. Entonces, sea efecto de

un vahido natural al notar alguna cosa extraordinaria en todo lo que le rodeaba, sea que comprendiese el peligro de su situacion, el duque esperiméntó una especie de desmayo. Debilitado por una violenta evacuacion de sangre de las narices, se quejó de frio, é hizo encender fuego; despues pidió tomar alguna cosa para reponerse, y le trajeron frutas en dulce en una bandeja de plata. Pareció aumentarse su turbacion y ansiedad cuando vino á llamarle un oficial para que fuese al gabinete del rey. Decidióse, sin embargo á obedecer, y penetró solo en el cuarto del rey que encontró lleno de gentiles-hombres gascones de la servidumbre real, pero sin funciones determinadas. En el momento en que el duque iba á abrir la puerta del gabinete, uno de aquellos oficiales, San Malinés, cogiendo con una mano el puño de su espada, le metió con la otra un puñal en la garganta. El duque, á pesar de estar herido, dió á su ase-



Muerte del duque de Guisa.—Cuadro de Pablo de la Roche.

sino en la cara con la bandeja de plata que todavía llevaba en la mano; pero los otros asesinos acudieron, y le dieron nuevos golpes en el vientre y en la cabeza. «Soy muerto, Dios mio, tened piedad de mí; perdonad mis pecados», exclamó el duque; y desembarazándose de sus asesinos corrió con los brazos estendidos, la boca abierta, los ojos cerrados hasta el final de la cámara: fué su último esfuerzo, y allí cayó inmediatamente muerto.

Este odioso crimen, que esplica la necesidad sino lo justifica, fué inútil, porque sus ejecutores no tenian nada preparado para despues de la muerte del duque de Guisa. «El rey de París ha muerto; yo soy ya el rey,» habia gritado Enrique III, que tuvo la bajeza de insultar el cadáver de su enemigo. Hubiera sido cierta la espresion si todos los cuellos partidarios de Guisa hubieran sido heridos

por el mismo golpe. Al contrario, todos se escaparon, á escepcion del cardenal de Guisa, que participando de la suerte de su hermano, fué degollado á la mañana siguiente.

Sea de esto lo que quiera, la muerte del duque de Guisa, es una de esas escenas históricas que se prestan á la imaginacion del poeta y del pintor. Así nada es mas admirable que Pablo de la Roche, que ha hecho un bello cuadro de esto, y del cual damos á nuestros lectores una copia en el dibujo que lleva este artículo. Este cuadro de la muerte del duque de Guisa, reúne en sí todas las cualidades que se complacen los artistas en mirar en las composiciones de este género.

J. MUÑOZ GAVIRIA